

Miguel Covarrubias Ortiz

El ganador del Premio UANL a las Artes en 1989 en la categoría de Artes Literarias, por sus obras poéticas, es además compilador, editor, traductor, ensayista y narrador. Ha dado cátedra en la Máxima Casa de Estudios desde 1965, y ha sido partícipe en la creación del STUANL y de la autonomía universitaria.

POR CRUZ BRAVO CAMARILLO

● **Dónde nació y quiénes fueron sus padres?**

Nacimos en el año cuarenta en la ciudad de Monterrey. Mis padres jaliscienses, por lo que nosotros, yo y mis hermanos, somos herederos de esa tradición de la gastronomía, de la cultura de Jalisco. Mi padre, Miguel Covarrubias Chacón, periodista, escritor, historiador, profesor por muchos años del Colegio Civil en la Universidad. Casi no hay días en que no me encuentre con exalumnos de mi padre. Constantemente me encuentro con personas que fueron a sus clases y me dicen: “yo fui alumno” o “recuerdo las clases”. Mi padre daba unas clases excepcionales, era un orador formado en la tribuna, en la cuestión política, un hombre con muchos recursos en ese sentido.

En Guadalajara fundó la preparatoria de la ciudad, fue director del periódico *Las noticias*, fue un periodista en el oficio; era un hombre

inquieto, no fue excepcional, mucha gente de la época era eso, eran hombre orquesta: lo hacían todo. De manera que mi padre era uno de esos hombres, tanto como periodista, como un historiador que se iniciaba en el conocimiento de la historia, del pasado de Nuevo León o del pasado de Monterrey. Fue regiomontanizándose, no es la palabra; pero se volvió un ciudadano de Monterrey, un ciudadano de Nuevo León. Recibía constantemente comunicaciones, periódicos de toda la república, llegó a ser líder de una asociación de periodistas, venían a casa gentes de Aguascalientes, Veracruz, Yucatán, Baja California, Tamaulipas.

Mi madre, Micaela Ortiz Ortiz, nativa no de Guadalajara sino de La Barca, un poblado cercano a Guadalajara, su tarea fue dedicarse a la casa: levantarnos, soportarnos.

Mi abuelo fue también escritor, periodista, profesor y editor de un periódico, en aquellos



años de oposición en el Porfiriato. Eso le valió descansos, como decía Revueltas, él descansaba cuando lo metían a la cárcel. Ahí leía y escribía mucho. Mi abuelo vivió no en la Revolución, sino en la era anterior, en el Porfiriato. Hablo del siglo XIX y principios del XX. El nombre de mi abuelo era Cipriano Covarrubias. Editor de *Jalisco libre* y *El Debate*, quien con sus compañeros organizó una huelga jalisciense, importante hacia finales del siglo XIX. Mi padre se inició en el periodismo muy joven con mi abuelo.

Mi padre se trasladó a la ciudad de Monterrey para trabajar en el periódico *El Norte* a finales de los años treinta. Él pensó que iba a estar brevemente, por tener algunos pendientes en su ciudad natal de Guadalajara, pero las cosas se dieron de otro modo. Finalmente no regresó a Guadalajara y nos decía que había que disimular; no sé si porque seríamos como el prietito en el arroz, porque teníamos otra formación, otra manera de ser que evidentemente se sentía. Ahora no, la ciudad es suficientemente cosmopolita. Hoy las cosas son diversas y al mismo tiempo no

están marcadas tanto las diferencias como en aquel tiempo, me refiero a modos de ver el mundo, modos de asimilarse a la misma sociedad, de alimentarse, de divertirse. Yo tengo ese recuerdo, de que éramos un pequeño núcleo jalisciense por nuestro modo de vida en la calle de Doctor Coss, entre Washington y 5 de Mayo.

¿Recuerdos gratos de su niñez en ese sentido?

Sí, por supuesto. En Monterrey sólo existía el centro y una serie de colonias; estábamos a unos pasos del palacio de gobierno y del periódico *El Norte*. Teníamos por ejemplo, una placita entre los dos palacios [el de gobierno y el federal], había una callecita que dividía el palacio de gobierno de la plaza, luego el palacio de gobierno y estaba además la plaza Juárez, que era la plaza frente al palacio de gobierno, y luego la calle 5 de Mayo. Eran lugares a los que nosotros acudíamos a jugar y divertirnos. Me acuerdo de un pequeño jeep que teníamos, como los militares de la Segunda Guerra; todos cabíamos en ese pequeño cochecito de pedales, como a la medida para nosotros; en fin, nos divertíamos en esos lugares.

Miguel Covarrubias Ortiz

- Nació en Monterrey, Nuevo León, el 27 de febrero de 1940.
- Ingresó a la Preparatoria No. 1 de la UANL.
- Estudió Letras y la maestría en Letras Españolas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Participó en la creación del STUANL y en la autonomía universitaria.
- Profesor de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras desde 1970 hasta 2001.
- Director fundador de la División de Estudios de Posgrado.
- A partir de 1965, catedrático en instituciones como la Universidad Mexicana del Noreste, la Universidad Regiomontana, la Escuela de Escritores de la SOGEM, entre otras.
- Director fundador del Instituto de Artes de la UANL, 1976-1979.
- Ha dirigido varias revistas literarias, académicas y culturales, entre ellas *Apolodionis*, *Cathedra*, *Deslinde* y *Armas y Letras*.
- Ha colaborado en *El Porvenir*, *El Cuento*, *Vida Universitaria* y *Salamandra*.
- Premio al género de cuento del Festival del Arte, Xalapa, 1962.
- Premio UANL a las Artes, 1989.
- Medalla al Mérito Cívico de Literatura y Artes, 1994.
- Premio Nacional de Traducción de Poesía, 1994, por *El traidor*.
- Premio al Arte Editorial en Literatura/Poesía de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana, 1999, por *Sombra de pantera*.
- Es autor de *La raíz ausente* (1962), *Custodia de silencios* (1965), *Minusculario* (1966), *El poeta* (1969), *El segundo poeta* (1977), *Pandora* (1987), *Desde el Cerro de la Silla* (editor), *Junto a una taza de café* (1994).

¿De su adolescencia qué recuerdos tiene?

La recuerdo con la secundaria y la preparatoria. Antes había una sola ciudad que comprendía en un extremo hasta Félix U. Gómez, el río Santa Catarina y la Calzada Madero; más o menos nos movíamos en ese ámbito; todo lo hacíamos a pie, ocasionalmente en camión. Los cines, los restaurantes, los parques, todo estaba al alcance. Como adolescentes, nosotros caminábamos por la calle Zaragoza, de gratos recuerdos para quienes lo vivimos porque ahí había de todo; hasta aquello que se llamaban clubes o centros nocturnos, cantinas, bulerías, papelerías, vendían muebles, trajes de novias, donde se tomaban fotografías, todo lo hacíamos ahí. Nosotros caminábamos mucho, nos manteníamos con energía porque muchas cosas las hacíamos a pie.

¿Cuál fue su primer acercamiento a la literatura?

Mi primer acercamiento a la literatura fue desde niño, yo fui lector niño. Todos los niños leen, se puede decir, desde la escuela, pero obligadamente, les guste o no les guste lo tienen que hacer. En nuestro caso no fue así porque se trata de la lectura o la lectura misma como algo lúdico, satisfacción de carácter, de un tipo espiritual o intelectual. Pudimos hacerlo desde muy corta edad. Lo que no sabíamos nosotros, cuando yo era muy pequeño, es que mi padre había dejado





De izquierda a derecha: José María Lugo, Miguel Covarrubias, Silvia Mijares, César Isassi y Horacio Salazar Ortiz en Monterrey (1965)

encargando a mi abuelo una biblioteca en Guadalajara. Después supimos que era numerosa, de miles de ejemplares, cajas con documentos y libros, en esa biblioteca improvisada en casa de mi abuela. Era un lugar de aventuras donde jugamos escondidas. Yo empecé a leer los libros de esa biblioteca, aparte de los libros que venían a mis manos como regalo de navidad. Ahí leí obras que para la época no eran precisamente para niños, no causarían mayor escándalo ni nada que se les pareciera, pero ahí podía yo estar leyendo obras. Yo empecé a leer lo que caía en mis manos. Nosotros estábamos siempre en vacaciones en Guadalajara, salíamos de la escuela y a los dos días ya estábamos en Guadalajara. No tenía ni siquiera 10 años. Ahí empieza mi carrera, digamos, como lector de obras literarias, lo que yo llamo la verdadera lectura, cuando uno lo hace no obligado, no por presiones del papá o del maestro; esas lecturas se vuelven incluso odiosas. Uno puede odiar aquello que le obligan a hacer.

¿También desde pequeño domina varios idiomas?

Sí, desde niño tenía particular interés en el francés. Mi vida está hecha de pequeños hallazgos. Todos

“No tenía ni siquiera 10 años. Ahí empieza mi carrera como lector de obras literarias, lo que yo llamo la verdadera lectura, cuando uno lo hace no obligado, no por presiones del papá o del maestro”.

somos así; de pronto encuentro un libro sencillo, quizás era de primer grado de francés y me atrae. Mi padre tenía algún conocimiento en inglés y francés y recuerdo bien que siendo niños cantábamos La Marsellesa, no sé con qué pronunciación, no teníamos mucho conocimiento, pero de ahí viene el interés por esa lengua. La biblioteca de mi padre tenía obras de los grandes



De izquierda a derecha: Andrés Huerta, Miguel Covarrubias, Silvia Mijares y Horacio Salazar Ortiz después de la presentación de su libro *Zumo* (1995).

“En mi caso, con un grupo de amigos, estábamos cargados abiertamente a la izquierda; a la derecha, jamás.”

autores de la literatura rusa y francesa. Por mi padre supimos que mi abuelo era también francófilo; lo francófilo nos viene ya de atrás.

Maestro, ¿estudió Letras y también realizó una maestría en Letras Españolas en la Facultad de Filosofía y Letras?

En realidad yo empecé a estudiar leyes; hay una tradición de leyes desde mi abuelo, por los avatares que he contado. Mi padre fue estudiante de leyes y mi abuelo era un orador, un pensador, un hombre de letras, entonces yo siempre pensé, quizá desde la secundaria, que iba a estudiar Leyes. Hubo un momento cuando era adolescente, en la preparatoria, en que empiezo a hacer periódicos estudiantiles, escribiendo en periódicos universitarios, editando, imprimiendo, formaba páginas, cortaba las hojas de papel; nos hicimos en la imprenta de manera práctica; conocimos las cosas con los dedos de la mano porque la gente de aquella época era así. Los

periodistas estaban en los talleres, cubriendo las líneas, llenándose las manos de tinta, a nosotros nos alcanzó esa práctica.

Entonces yo me entero de que existe una facultad llamada Filosofía y Letras y le comento a mi padre y me dice: “estudia leyes, ya estás ahí, vete por ahí”. La realidad era otra, era distinta de la que yo había imaginado; había tenido una idea equivocada, una idea derivada sobre todo de las lecturas de la Revolución Francesa. Cada vez fue más difícil, más incómodo para mí encontrar un ambiente que no tenía para mí estímulos intelectuales o literarios. Mi padre me dijo: “concluye, ya te falta poco” y yo pensé: “no, porque a quien dos años sirve, con alguno queda mal” y opté por la experiencia literaria. Estaba muy enfrascado en la revista *Apolodionis*, teníamos relación con los jóvenes, con la cultura literaria de San Luis Potosí, de Veracruz. De manera que acabé desertando de Derecho, quemé las naves y

dije, “adiós, leyes”. Me inscribo en Filosofía: me la voy a jugar. Mi padre tenía el clásico temor: “si hoy dejas esto, luego vas a dejar lo otro. Te vas a quedar como sabio poeta autodidacta, sin el respaldo de una academia formal”. Y yo le dije: “no, no va a ser así”. Afortunadamente cumplí mi palabra y pude demostrarle a mi padre el documento final. No me la pasé divirtiéndome, era un estudiante en la madurez, ya no un adolescente, joven sí.

¿Cuándo comenzó a dar cátedra?

Yo ingresé en 1964 a Filosofía y Letras, a la carrera de Letras. En ese tiempo en el primer año estábamos todos juntos y luego nos separamos en el segundo. Entonces, ya estando en el tercer año ingreso al Colegio Civil como profesor. En las preparatorias había profesores que no tenían los estudios formales de la licenciatura, entonces se admitían a estudiantes que hubieran demostrado que podrían llegar a dominar una disciplina. En mi caso, a parte de ser estudiante de Letras, fui profesor de Etimologías Griegas y Latinas, esa fue mi primera materia, luego Español. Yo tenía algunas obras publicadas en periódicos y revistas de carácter literario, y eso me valió para que pudiera ser iniciado en la cátedra del Colegio Civil, en la Preparatoria No. 1, donde había estado antes como estudiante.

¿Y ya tenía una trayectoria?

Sí, ya había publicado tres libros. Entre ellos *La raíz ausente* y *Custodia de silencios*. Era diría yo, un prospecto de escritor.

¿Cómo recuerda a la Universidad en aquel periodo, maestro?

Era una Universidad joven porque si me pongo a pensar, cuando yo ingreso, como preparatoriano, la Universidad tenía veinte y tantos años de haber sido fundada.

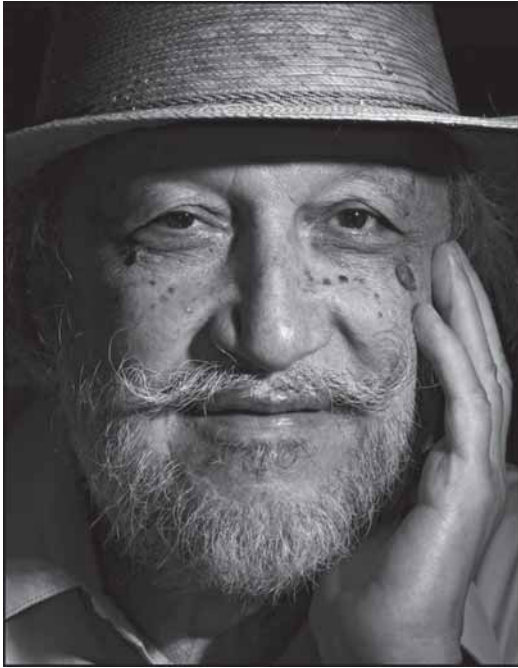
Cuando éramos niños, íbamos a La Alameda y pasábamos por Colegio Civil, nos imponían mucho esos ventanales, lo que resultaba para nosotros el edificio. Había muchísimas cosas que hacer y a nosotros nos tocó una etapa de esas. Me tocó una etapa así, de contracción, aunque entonces se nos veía como lo contrario, como destructores. Éramos una generación activa, un poquito antes del 68. A nosotros nos tocó el asunto del Sindicato de Trabajadores de la Universidad, su creación, porque las autoridades no querían soltar las riendas de la Universidad.

“Nosotros fuimos partícipes de la creación del Sindicato en abierta oposición de los gobiernos. Y haberlo conseguido con nuestro trabajo, con el sudor de nuestra frente, fue una gran satisfacción”.

Se decía: “¿qué podían hacer estos muchachos o estos profesores? Si no tienen experiencia”. Había gente conservadora, tradicionalista que no quería al sindicato. Preguntaban qué era eso de andar mezclando a los trabajadores de la limpieza con los catedráticos. Era esto aristocratizante, ¿en una universidad pública?, claro que no estábamos de acuerdo. Somos trabajadores iguales. Ahora, ¿quién se extraña de que en el sindicato haya todo tipo de trabajadores? Finalmente las cosas llegan a donde tienen que llegar. Y nosotros fuimos partícipes de la creación del Sindicato en abierta oposición de los gobiernos. Y haberlo conseguido con nuestro trabajo, con el sudor de nuestra frente, fue una gran satisfacción. Un alumno me dijo: “no teníamos clases, pero aprendimos, y para mí que aprendimos más viendo cómo se desarrollaban las cosas de la sociedad universitaria”.

Maestro, ¿se sentía cercano a alguna corriente ideológica que imperaba en esos momentos?

Sí, yo he estado volcado sobre las cuestiones literarias, pero no son independientes, no están aisladas totalmente, no existe la pureza en ese sentido. Existe la recopilación, el mestizaje, de manera que como estudiante yo participé en la integración de una mesa directiva en la Facultad de Derecho y luego, más adelante, en Filosofía, llegué a ser presidente de la Sociedad de Alumnos. Tuvimos una actividad de carácter político circunscrito al ámbito universitario, nuestra casa de estudios. Luego, todo esto se amplió un poco con los catedráticos. Nos toca participar en este terreno. Era muy claro lo de la izquierda y la derecha. En mi caso, con un grupo de amigos,



El poeta en una fotografía de Carlos Flores.

estábamos cargados abiertamente a la izquierda; a la derecha, jamás.

Además de su cátedra de etimologías griegas y latinas en Colegio Civil, su cátedra de Filosofía, ¿comienza en el 65?

Ya que termino la facultad, ingreso a ella como profesor de medio tiempo en 1970. Durante cinco años compaginé las dos cosas: seguía siendo profesor del Colegio Civil y me iniciaba como profesor de Filosofía y Letras. Un poco más adelante me retiré de la preparatoria y me quedé exclusivamente en la Facultad de Filosofía con más compromiso. Me tocó dirigir la revista *Cathedra*, me tocó realizar los estudios de posgrado en 1972, 1973. Había posgrados en Medicina o Ciencias Químicas y me toca ser iniciador de estudios de posgrado en esa área. Después fui director de la revista *Deslinde* y una serie de cosas.

¿Cómo es su experiencia con los alumnos?

Para empezar, nos toca un cambio significativo. Cuando yo ingreso como estudiante, la mitad de los grupos eran normalistas. En los años sesenta no hay muchos alumnos. Había alumnos que estudiaban leyes, mecánica; pasa el tiempo y vienen alumnos que son de la preparatoria. En la preparatoria piensan en estudiar las carreras que se encuentran en la facultad. Yo me encuentro

pues, con un alumnado distinto. Todavía llegaban personas que estudiaban una carrera, una profesión, y que sienten que les falta algo y se van a estudiar filosofía.

¿Qué temas le han inquietado más para plasmarlos en sus obras?

Uno habla de lo que conoce. Es más, uno debe hablar de lo que conoce, no de lo que no sabe. El amor debe estar ahí, con los prejuicios, con las amarguras. Quisiera que mi trabajo tuviera una particularidad, que tuviera algo distintivo, pero, pues eso ya no nos toca determinar. Y de nuestro universo se ha dicho ya: “somos lo que comemos”, “somos la casa que habitamos”, “somos los amigos que tenemos”, todo nos contamina, en el buen sentido y en el mal sentido. Y a eso respondemos. Somos una persona. Una vida está llena de recuerdos. No existe la soledad absoluta, como dijo Alfonso Reyes: “entre todos lo sabemos todo”. No puedo dejar de ser.

Yo lo que he desarrollado ha sido por diversas circunstancias. Alguien ha dicho: “todo es hijo de las circunstancias”. Uno hace cosas que se van presentando. Si yo no he estudiado letras, quién sabe que hubiera hecho, quién sabe si hubiera escrito realmente, quién sabe si hubiera sido un escritor de domingo, como la gente que en sus tiempos libres hace las cosas. Yo digo que es una combinación de las circunstancias, el deseo propio y el apoyo que luego recibí en la facultad. Yo tengo trabajo de carácter lírico, y luego estudié traducción porque supuestamente soy poeta, porque hago obras poéticas, tengo libros de poemas. Puedo lanzarme a la traducción. Me atrevo a traducir del francés y luego me voy al alemán, viene el interés por el alemán, por los estudios, por los autores y por el pensamiento alemán que es formidable.

¿Cómo le gustaría ser recordado por las futuras generaciones?

Me gustaría ser reconocido como universitario, como un universitario que quiso hacer algo que beneficia a la Universidad y que la Universidad haga más amplia a la ciudad, al estado, al país. Que se pueda apreciar lo que hicimos, lo que estuvo a nuestro alcance; que no nos ganó la pereza, que no nos ganó la frivolidad, que no nos ganó el oportunismo, que no nos ganó la ambición, sino lo contrario: lo importante es que somos dedicados. Saqué la conclusión siguiente:



que la cuarta parte de mi vida se la dediqué a *Deslinde*. A los 60 años yo tenía 15 dirigiendo la revista. Y estuve en *Apolodionis*, *Cathedra*, *Armas y Letras*, y luego en otros trabajos que me encomendó la Universidad como fue el libro *Desde el cerro de la Silla*, una obra contada. Con esto estoy dando a entender que mi participación dentro de la vida de la Universidad ha sido extensa, extensa. Mi generación es la generación que festejó en 1957 el centenario del Colegio Civil, ahora convertido en Centro Cultural Universitario. Todavía me acuerdo de esa noche. Todos pasamos la noche entera en Colegio Civil. Así que somos hijos legítimos del Colegio Civil e hijo agradecido de la Universidad. Tantas cosas de la Universidad, hasta compañeros de vida, en el sentido más amplio de la palabra. Mi mujer, Silvia Mijares, que es odontóloga, licenciada y maestra en Filosofía, ahí nos conocimos. Estábamos en carreras diferentes, ella en filosofía y yo en letras, pero eso por supuesto que no es ningún motivo de dificultad, todo lo contrario.

Sigo en la Universidad, he estado ligado a las publicaciones, a la revista *Armas y Letras*, en la que empecé a escribir hace 50 años y luego me toca estar en la dirección. Participo casi todos los años en la Feria del Libro de la Universidad, en las ferias de Guadalajara, de México, sigo en la presentación de libros, publicaciones, mesas

“Mi generación es la generación que festejó en 1957 el centenario del Colegio Civil, ahora convertido en Centro Cultural Universitario. Así que somos hijos legítimos del Colegio Civil e hijo agradecido de la Universidad”.

redondas, como la dedicada a Carmen Alardín. Sigo ligado a la Universidad a través de la escritura y a través de las publicaciones literarias. Espero leer más, pensar un poco, un tiempo de mayor sosiego. Sigo haciendo lo mismo: leyendo, escribiendo y el trabajo de traducción que me ha gustado mucho, que fue lo último a lo que llegué, y estos trabajos de investigación. De manera que es en lo que quisiera seguir: publicando revistas, libros diversos, dispuesto a participar en las cosas que me convidan, cosas que elevan la satisfacción. Y estamos dispuestos a continuar en esa línea.